

# RETOS Y CLAVES DE LA EDUCACIÓN EN LA FE CRISTIANA HOY DÍA, PARA QUE SEA UN PROCESO SIGNIFICATIVO PARA LA FORMACIÓN EN NUESTROS COLEGIOS

ACODESI-Provincia de Colombia<sup>1</sup>

Junio, 2022

*“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea,  
sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona,  
que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*

Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* No. 1

## 1. Todo comienza con una experiencia: acompañar a los místicos del siglo XXI

Desde el inicio de la Compañía, Ignacio y los primeros jesuitas descubrieron en los colegios un medio privilegiado para propiciar una experiencia de fe en los corazones de los estudiantes. En una época de grandes incertidumbres, cuestionamientos y de cambio de paradigmas, los colegios jesuitas lograron integrar la experiencia espiritual en su propuesta educativa de modo que se promoviera en las nuevas expresiones culturales, científicas, sociales, políticas y religiosas, el descubrimiento de la acción creadora de Dios presente siempre en la historia.

Inspirado en el *modus parisienses*, Ignacio logró recoger en los *Ejercicios Espirituales* todos los medios que le permitieron vivir su experiencia de Dios. Desde el momento en que se sintió llamado a compartir lo que él mismo estaba viviendo, reconoció por diversas vías que era necesario formarse y pensar el *modo y orden* para llevar a otros a encontrarse con *su criador y Señor*. Muy pronto se dio cuenta de que no era suficiente contar a otros simplemente lo que él había vivido, sino que era necesario ofrecerles la posibilidad de tener directamente la experiencia. En palabras del Papa Benedicto XVI, era necesario llevar a las personas al *“encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”* (DCE 1). Este es el fundamento de la experiencia de fe que los primeros jesuitas descubrieron que podía suscitarse en los jóvenes de su época a través de los colegios.

---

<sup>1</sup> Artículo escrito con la participación de Hermann Rodríguez Osorio S.J., Provincial Colombia, Hugo Nelson Gómez Sevilla S.J., Presidente de la Asociación de Colegios de la Compañía de Jesús en Colombia (ACODESI) y el Dr. Húber Flórez, Asistente Pedagógico de ACODESI, para su publicación en el Boletín de Selecciones Junio-Julio, del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana.

Desde esta perspectiva, nuestros colegios también hoy están llamados a ser lugares donde los estudiantes tengan la posibilidad de vivir ese encuentro, esa experiencia fundamental del amor de Dios, que será orientación decisiva para toda la vida. Los desafíos a los que nos enfrentamos como humanidad exigen hombres y mujeres *conscientes* de que son hijos amados de Dios, capaces de reconocer esa misma dignidad en sus hermanos y en la creación entera, personas sensibles a las realidades donde esta dignidad es maltratada e ignorada. Desde esta experiencia del amor de Dios, no es posible hacernos conscientes de lo que sucede en la realidad sin sentir una *compasión* desde las entrañas que nos movilice al *compromiso*. Y para asumir este compromiso es necesario personas competentes – creativas, con todas las herramientas necesarias que les permitan colaborar activamente en la acción salvadora-sanadora de Dios en la historia. Nuestros colegios están llamados hoy a disponer todos los medios para que nuestros estudiantes se encuentren personalmente con Jesucristo y a través de Él puedan experimentar el amor de Dios que los convierte en cocreadores, hombres y mujeres para amar y servir, llamados a *seguir haciendo redención* frente a los retos que hoy se nos presentan.

El P. Karl Rahner, SJ, uno de los teólogos más importantes de la historia es reconocido por su mística para el siglo XXI. El P. Rahner comprende que los Ejercicios Espirituales, los cuales interpreta desde el lente del Principio y Fundamento y la Contemplación para alcanzar amor, son una experiencia de autocomunicación de Dios al ser humano. El hombre no tiene cómo provocar o forzar la experiencia, sino que es dada, y Dios hace su parte. La escuela debe ser hoy el espacio de generación de experiencias. En nuestras escuelas jesuitas, el reto de formación en la fe y de la dimensión espiritual de nuestros estudiantes no es una tarea menor y, en gran medida, de ello depende que nuestro apostolado educativo siga siendo pertinente y aporte a la transformación de un mundo fracturado y a que la vida siga siendo posible en el planeta.

Se requiere cierto grado de tozudez para esta tarea. Somos dados a hacer diagnósticos poco esperanzadores cuando miramos las nuevas generaciones y sus expresiones espirituales y religiosas. Las percibimos apáticas y alejadas. Pocos son sensibles a las estrategias pastorales que utilizamos y el cansancio nos abrumba. Tal vez en todo ello haya una prueba de fe, un llamado a algo más grande. Si creemos que Dios acontece en la historia, que habita en todas sus creaturas y despliega su acción amorosa sobre todos todo el tiempo, es importante pensar y sentir que en nuestros niños y jóvenes de hoy también acontece y se nos revela de nuevas maneras. Tal vez sea importante hacer una pausa, ponernos frente al Señor y nuestros estudiantes y, haciendo un gesto de humildad, pedir la gracia de conocer internamente la forma como el Espíritu está aconteciendo hoy en ellos y la formas como podemos colaborar para que pueda expresarse en toda su plenitud, de manera renovada y sorprendente. Hay que pedir que no seamos impedimento sino compañeros. Y en medio de todo eso, tal vez a todos se nos concederá la gracia de hacernos

místicos. Sí. Los místicos que podrán disponerse a ser instrumentos de la fuerza creadora de Dios para enfrentar los desafíos del siglo XXI.

## **2. La experiencia del Jordán**

Si nuestro postulado es que lo fundamental en el proceso de formación en la fe cristiana es vivir una experiencia que se convierta en guía orientadora de la existencia de la persona, es importante tratar de describir algunos rasgos de esa experiencia. Tal vez sea muy sugerente la misma experiencia que tuvo Jesús en el Jordán y que se plantea en los evangelios como el punto de partida de su vida pública. Jesús no recibe un diploma que lo certifica como funcionario apto para ponerse al servicio de una causa. Los evangelios centran el relato en un acontecimiento, un encuentro que llena de sentido todo lo vivido, una experiencia integradora del ser de Jesús que lo invita a salir al encuentro de sus hermanos para compartir aquello que le fue revelado. El Jordán le suscitó un deseo de hacer lo que estuviera a su alcance para que todo aquel a quien se encontrara por el camino tuviera la misma certeza que él experimentó en ese momento: Él era el hijo amado de Dios y el mismo Dios, su Padre, se sentía complacido con lo que él era. Por eso podía decir con toda confianza: si me ven a mí pueden ver el amor de Dios y ustedes, todos, también son hijos amados, hijas amadas de Dios. La experiencia del Jordán es la experiencia del amor de Dios que trasciende el límite del ser humano y nos hace apóstoles del amor.

Jesús llega al Jordán con toda su historia y el legado de su pueblo. Los años en Nazareth le permitieron tener referentes históricos y culturales de la forma como su pueblo y su familia percibían la acción de Dios en su vida. La experiencia del Jordán fue una síntesis integradora de lo vivido en Nazareth, una síntesis que le dio sentido y le reveló de manera profunda su identidad: era el Hijo de Dios. Nuestros estudiantes y sus familias también llegan a nuestros colegios con sus historias. Buscan en nuestras propuestas educativas posibilidades de seguir cultivando su legado para que siga trascendiendo y teniendo posibilidades de transmitir vida. Tal vez este es un primer rasgo importante de la experiencia de fe que podemos ofrecer: acoger a nuestros estudiantes y sus familias que llegan al Jordán de nuestros colegios con todo lo que son, con su pasado y con su historia, con sus potencialidades y valores, con sus heridas por sanar. No somos instancias para juzgarlas, somos instrumentos para anunciar una buena noticia: Dios a través de ellas ha transmitido la vida y desde ahí surgen inmensidad de posibilidades.

Al llegar al Jordán, Jesús es recibido por Juan el Bautista. La experiencia del amor de Dios es mediada por encuentros que nos acompañan y nos disponen a vivir lo fundamental. Jesús también requiere de acompañamiento. Y a pesar de las reticencias expresadas por Juan, porque reconoce la identidad más profunda y auténtica de Jesús, se hace dócil y

disponible y pone todos los medios necesarios para que el propósito se logre. Siempre decimos que uno de los rasgos característicos de nuestra propuesta educativa es el acompañamiento. Este momento del Jordán nos pone frente a la esencia del acompañamiento: disponer todos los medios para que nuestros estudiantes tomen conciencia de su identidad y desarrollen todo su potencial. Juan reconoce a Jesús, lo respeta, lo acepta, lo acoge. No le diseña un plan de trabajo ni le propone un perfil que debe cumplir. Simplemente lo recibe y lo acompaña en su experiencia. De la misma forma que Juan, cumplimos nuestro propósito siendo mediadores, siendo precursores de todo el potencial creador de Dios expresado en nuestros estudiantes.

El modo en el que Juan bautizaba era sumergir a las personas en las aguas del Jordán. Jesús también fue sumergido. Ese era el centro de la experiencia. No era posible si no estaba comprometido todo el ser. La inmersión es total. En esta perspectiva, nuestra propuesta educativa que es integral (y busca también ser integradora). Buscamos abordar todas las dimensiones del ser para que encuentren su sentido y su realización en una experiencia donde cada persona se siente amada incondicionalmente y reconocida en su identidad.

Y al salir del agua, Jesús siente una certeza profunda: es Hijo de Dios, su Padre lo ama y se siente orgulloso de lo que es. Este es el *principio y fundamento* de su vida. Tal vez esta es la experiencia fundamental que todos los seres humanos vamos buscando por la vida desde que nacemos. Esta es la experiencia que, al sentirnos dignos de ser amados, nos habilita para salir y dar amor a otros. Tal vez es la experiencia expresada por Ignacio en la petición de la Contemplación para Alcanzar Amor: *“conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su Divina Majestad”* (EE. 233).

Es en este sentido que creemos que la formación en la fe en nuestros colegios pasa por disponer todos los medios para que nuestros estudiantes vivan esta experiencia fundamental. Lo demás es importante y se potencia cuando encuentra sentido desde esta perspectiva espiritual y trascendente de la vida. Esto nos asegurará que de manera genuina y auténtica sean hombres y mujeres para los demás: conscientes, compasivos, comprometidos y competentes. Aquí está el fundamento de nuestra primera preferencia apostólica universal, condición necesaria para todo lo demás como lo señaló el Papa Francisco.

### **3. De lo integral a lo integrador: la dimensión espiritual como fuente de sentido de nuestra propuesta educativa**

En el afán de recuperar la función social de la educación, con la cual los sistemas educativos procuran un nuevo orden social, el énfasis cognitivo de la escuela se fue

superando para proponer una mirada integral del docente. El aprendiz ya no era simplemente el receptor de un conjunto de teorías que era menester aprender, sino que su desarrollo exigía diferentes miradas que pudieran desarrollar un conjunto de dimensiones de su identidad.

La formación integral buscaba el desarrollo armónico de un conjunto de intersecciones que componen el sujeto y, por tanto, todas ellas requieren una estimulación para el progreso integral del estudiante. Ciertamente, el enfoque global, y educar al ser humano desde una perspectiva holística, puede tener unos alcances que superan la visión tecnocrática de la escuela para convertirla en agente de transformación social. Es tan importante educar la dimensión cognitiva como la dimensión corporal o la dimensión espiritual de las personas. El desarrollo de competencias comunicativas o la habilidad de reconocer los problemas sociales llegó a ser tan importante como el aprendizaje de las ciencias o el desarrollo de las habilidades artísticas.

En este entorno vale la pena preguntarse cuál es el papel de la escuela católica o cuál es el aporte de la dimensión religiosa en nuestra vida y en la institución escolar. Para Ignacio de Loyola, la mirada de la vida se hace desde la perspectiva del sentido de las cosas y el fin último de la creación. La vida misma es un constante examen para reconocer hacia dónde vamos y cuáles son las motivaciones que nos llevan a tomar los caminos por los que transitamos. Las personas, los grupos, las instituciones tienen un objetivo, una misión que les da sentido y que les sirve de faro orientador para sortear los vericuetos de la vida.

La escuela como organismo vivo tiene un sentido. La escuela católica tiene un para qué, una misión, un sentido. Así que la formación integral en la institución confesional no puede ser el cúmulo de intersecciones que se desarrollan congruentemente en el ser humano. La perspectiva de la escuela católica debe ser integradora, es decir que en la diferencia de dimensiones haya una base articuladora que impulse al sujeto a salir de sí mismo para la construcción social.

La dimensión espiritual del ser humano puede ser vista en la escuela católica como el agente de sentido, el punto de apoyo para hacer lo que hacemos. Con esto no estamos diciendo que el currículo de una institución educativa deba privilegiar la educación religiosa escolar para formar cognitivamente sujetos expertos en ciencias religiosas. Decimos que la formación integral también debe tener un sentido que va más allá del sujeto mismo para lograr una transformación que trasciende el propio desarrollo del ser humano y que lo invita a integrarse a una comunidad mayor que él mismo.

Si bien es cierto que la escuela debe promover el desarrollo integral y la totalidad del potencial humano, es cada vez más notoria la necesidad de una preocupación explícita por aquellos elementos que son transversales en el comportamiento humano y que afectan la

manera como desarrollamos nuestro potencial. De nada sirve una formación en habilidades que no son coherentes con los valores que subyacen en nuestra formación. En la propuesta pedagógica ignaciana se muestra cómo las acciones deben ser el resultado de un proceso reflectivo que promueva la transformación adecuada del contexto. Pues bien, la manera como educamos hoy puede propiciar ya no la formación de super genios con grandes capacidades cognitivas, sino el de personas completamente desarrolladas en sus particularidades con capacidad para estar juntos y para acoger a los que no están es sus niveles de desarrollo.

La escuela hoy necesita ser una institución integradora para incluir, para aceptar, para acoger. Un “laboratorio de sociedad” como lo propone el P. General. Y esto significa que la dimensión trascendental que promueve el sentido de lo que hacemos se convierte en elemento fundamental que requiere toda nuestra atención. Sólo si somos conscientes del sentido de nuestra existencia, podremos entender que el desarrollo de nuestro potencial puede servirnos para la construcción de un ambiente mejor para todos. El reto de una educación en la fe no está en el aprendizaje de unos contenidos religiosos sino en la comprensión del sentido del desarrollo de cada una de las dimensiones del ser humano.

#### **4. Hacia una comprensión de la dimensión espiritual desde el enfoque de competencias**

Ignacio, al ofrecer los Ejercicios Espirituales, se dio cuenta de que era muy importante preparar al sujeto de la mejor manera para vivir la experiencia. También tuvo en cuenta que era necesario disponer de todos los medios materiales necesarios para que el propósito se cumpliera. Su horizonte era generar todas las condiciones para que cada persona “*deje inmediata obrar al criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor*” (EE. 15).

En esta perspectiva, sería interesante que en nuestros colegios concibiéramos el desarrollo de la dimensión espiritual como una *competencia* que es posible desarrollar teniendo en cuenta cada uno de los momentos evolutivos de la persona. Competencia en tanto requiere unos conocimientos, desarrollar unas habilidades, integrar a la vida unos principios y valores y configurar sus acciones de acuerdo con el proceso vivido.

Hablar de una experiencia no excluye dar cuenta racional de lo experimentado. Ha sido parte de nuestra tradición dar cuenta racional de nuestra fe y ofrecer una educación religiosa que les permita a nuestros estudiantes comprender el hecho religioso y los fundamentos del cristianismo en diálogo con otras tradiciones espirituales y religiosas.

Tal vez se nos ha olvidado en todo este proceso que si es necesario desarrollar unas habilidades que nos dispongan a vivir la experiencia como lo hizo Ignacio al principio. Estamos llamados a diseñar procesos pedagógicos y didácticos que preparen a nuestros

estudiantes a reconocer sus emociones y sentimientos, a hacer silencio, a reconocer en su interior los movimientos del Espíritu. Orar es un ejercicio práctico que hay que aprender, que se aprende haciéndolo muchas veces y de manera continuada. No hay experiencia de fe si no hay vida interior y esta interioridad es susceptible de ser formada, cultivada, desarrollada.

Si nuestros estudiantes están dotados de estos elementos, tendrán las condiciones necesarias para abrirse a la experiencia de Dios, para abrirse al don y la gratuidad, al amor y al servicio. Esta experiencia será el marco de referencia para optar por ciertos valores y principios que le van a dar guía a su vida y a través de los cuales va a configurar su modo de ser y proceder. Nuestro compromiso como colegios será dotarlos de todas estas herramientas, como lo hacía Ignacio, para que puedan abrirse a la acción de Dios en sus vidas.

Comprender la dimensión espiritual desde este enfoque de competencias, también nos permitirá dialogar con las distintas disciplinas que hacen parte de nuestros diseños curriculares y dotar de sentido desde lo espiritual a todos los procesos de formación.